

NELSON ARTEAGA BOTELLO
CARLO TOGNATO

Editores

Sociedad, cultura y esfera civil

Una agenda
de sociología cultural



FLACSO
MÉXICO

Debate renovado

Índice

Introducción

- Sociología cultural: pasos hacia una agenda latinoamericana
Carlo Tognato, Nelson Arteaga Botello 7

I. Esfera estatal

1. Batallas simbólicas del Estado en México: la disputa por el Zócalo y la ceremonia del Grito de Independencia
Javier Arzuaga Magnoni, Nelson Arteaga Botello 29
2. Límites del conflicto en el discurso nacionalista mexicano: los primeros libros de texto gratuitos (1960-1962)
Alejandro Vázquez Arana 67

II. Esfera de la comunicación

3. El pasado revolucionario como dilema ético para la joven generación política cubana
Liliana Martínez Pérez 103
4. La risa como arma política: Don Simplicio y la gráfica satírica en México en el siglo XIX
Santiago Carassale. 141

III. Esfera educativa

5. Conversaciones de paz en la universidad: performances de la transición en Colombia
Carlo Tognato. 167

6. “Suspendidas por falta de calidad”: Estado, performance y cierre de universidades en el Ecuador contemporáneo <i>Matías Federico Milia</i>	199
--	-----

IV. Esfera de la vida cotidiana

7. La lengua de Dios: atribución de validez en torno a la conversión, rezo y lectura del Corán en idiomas distintos al árabe <i>Michelle Vyoleta Romero Gallardo</i>	233
8. El despliegue de los pibes de la esquina y sus efectos performativos <i>Gimena Bertoni</i>	261
9. “Entendible, pero no justificable”: representaciones sobre la legitimidad de la “justicia por mano propia” en México <i>Andrés Rincón Morera</i>	283
10. La narrativa de la violencia paramilitar en Cúcuta: dificultades en la construcción del trauma cultural <i>Nohora Niño Véga</i>	313
Las autoras, los autores	337

Introducción

Sociología cultural: pasos hacia una agenda latinoamericana

Carlo Tognato, Nelson Arteaga

Durante las últimas tres décadas, el programa fuerte en sociología cultural se ha delineado progresivamente como un paradigma con presencia en todos los continentes y ha sido capaz de posicionar el estudio de la cultura y de su influencia sobre la vida social en el centro de la investigación sociológica. Desde su inicio a mediados de los años ochenta, sus fundadores miraron más allá de la sociología para articular este nuevo campo de investigación, de tal modo que sus interlocutores, fuentes e inspiración provinieron en gran parte de la antropología cultural e histórica, la crítica literaria, la lingüística estructural, la semiótica, la filosofía hermenéutica, la historia cultural, para más tarde tomar elementos de análisis de los estudios del performance¹ y recientemente establecer puentes con los estudios visuales. Actualmente la comunidad de sociólogos culturales ha crecido y, a treinta años de su creación, este campo ha perdido en parte aquel eclecticismo fervoroso y entusiasta que lo caracterizó en sus inicios.

Hoy la sociología cultural enfrenta importantes desafíos teóricos, epistemológicos, metodológicos y políticos que dan forma a su actual frontera. En esta introducción se argumenta que la articulación de una agenda latinoamericana de investigación en sociología cultural puede ayudar en responder a esos desafíos, incidiendo así de manera relevante

¹ En este texto se usará “el performance” y no “la performance”, porque hace referencia al acto simbólico que personas o grupos sociales establecen para dar cuenta de su posición social. Un acto regularmente acotado en tiempo y espacio, que hace referencia a un acto dramático o puesta en escena, sujeto a interpretación por un auditorio.

en la trayectoria global de la sociología cultural. Nuestro argumento es que una agenda latinoamericana en sociología cultural permitirá recuperar el fervor interdisciplinario que caracterizó a la sociología cultural en su comienzo. Para sustentarlo, es necesario delinear brevemente la trayectoria del programa fuerte en sociología cultural durante estas últimas tres décadas.

El programa fuerte en sociología cultural

En 1993, Jeffrey Alexander, Philip Smith y Steven Sherwood publicaron el manifiesto de lo que más tarde se denominaría programa fuerte en sociología cultural (Alexander, Smith y Sherwood, 1993). Tomando como referencia los trabajos de Durkheim, reclamaron la centralidad del sentido y de los sentimientos culturalmente mediados en el estudio de la vida social. Insistieron en que cada acción se encuentra enmarcada en un horizonte de afecto y de sentido y que incluso las instituciones poseen una fundamentación ideal que moldea su organización y objetivos. Hasta entonces la sociología había explicado la cultura reduciéndola a diferentes estructuras sociales subyacentes. Estos autores advirtieron que era momento de reconocer que la cultura puede autónomamente influir sobre la vida social. Por eso la sociología de la cultura precedente, en la que la cultura era el *explicandum*, tenía que complementarse con una nueva *sociología cultural* que practicaría sistemáticamente la descripción densa de códigos, narrativas y símbolos (Geertz, 1973) y que daría cuenta puntualmente de los procesos causales mediante los cuales la cultura impacta en la vida social y las instituciones.

Dicho desacoplamiento de la cultura respecto de la estructura social fue la razón por la que el nuevo programa de investigación fue denominado *programa fuerte en sociología cultural*; una denominación que replicaba la operación analítica que el programa fuerte en sociología de la ciencia había llevado a cabo en los años setenta, cuando desarticuló los contenidos cognitivos de las determinaciones naturales y mostró que las ideas científicas no son un espejo directo de la naturaleza, sino que responden a convenciones culturales y lingüísticas.

Ahora bien, aunque el programa fuerte en sociología cultural dio sus primeros pasos en la primera mitad de los años ochenta, sus raíces

pueden encontrarse en la década de los setenta, cuando Jeffrey Alexander había emprendido una revisión sistemática de la teoría social clásica en búsqueda de una comprensión multidimensional de la sociedad. Dicha búsqueda se extendió en los ochenta hacia la teoría sociológica contemporánea y Alexander concluyó que solo Parsons se acercaba a dibujar una teoría multidimensional de la sociedad, aunque había fallado en dos frentes: en primer lugar, le había faltado reconocer que la cultura no tenía que ver simplemente con normas y valores; y, en segundo, su poco sofisticada comprensión de la cultura le había impedido dar cuenta de la variedad de formas en las que ella influye sobre la acción. En consecuencia, la construcción del programa fuerte en sociología cultural podía contribuir a resolver esos problemas y desplegaría el camino hacia la construcción de una teoría genuinamente multidimensional de la sociedad.

Hacia la mitad de los ochenta, cuando el programa fuerte en sociología cultural daba sus primeros pasos, la sociología estaba relativamente sorda respecto de la cultura. Para dar cuenta de los poderosos efectos de la cultura en la vida social, los fundadores del programa fuerte recurrieron eclécticamente a un amplio espectro de autores y sus marcos de interpretación de la cultura. Ferdinand de Saussure, Roland Barthes, Umberto Eco, Clifford Geertz, Mary Douglas, Marshall Sahlins, James Clifford, Victor Turner, Hayden White, Peter Brooks, Kenneth Burke, Fredric Jameson y Paul Ricœur, fueron algunos de los autores que inspiraron a esa primera generación de sociólogos culturales en la Universidad de California de Los Ángeles (UCLA).

El programa fuerte tuvo en primera instancia un foco marcadamente estructural. Recurriendo sobre todo a la semiótica y a la lingüística estructural, estos sociólogos reconocieron que las estructuras que articulan la cultura siguen una lógica autónoma de la cual específicamente es necesario dar cuenta. Estructuras como los códigos y las narrativas, por lo tanto, conformaron la preocupación central en los estudios producidos en esa etapa. Como más tarde se argumentaba, tales estructuras

[...] constituyen la base de los entendimientos compartidos que definen las realidades ontológicas y epistemológicas de una comunidad y sus confines morales, y proveen un anclaje mítico para sus actividades. Operan como un modelo pragmático para organizar la información existente y para asimi-

lar nuevas experiencias con respecto a formas posibles de ver y de actuar. (Smith, 2005, p. 14).

Los códigos binarios en particular constituyen sistemas clasificatorios mediante los que las sociedades distinguen entre lo puro y lo impuro, entre lo legítimo y lo ilegítimo; en tanto que las narrativas ayudan a organizar el sentido del flujo de la acción enmarcando en tramas a actores y eventos y asignando responsabilidad moral, causalidad y agencia.

Desde sus inicios, el programa fuerte en sociología cultural se comprometió a una descripción densa de la realidad social enmarcando “múltiples líneas de datos en un orden pautado”; reconoció que, tomados por separado, no dicen mucho. Sin embargo, “cuando alineamos citas directas sacadas de intervenciones de la esfera pública tan diferentes como discursos, editoriales o cartas, con datos de encuestas y acciones”, es posible revelar la influencia de las estructuras culturales en la sociedad (Smith, 2005, p. 37). No obstante, incluso aproximándose a la vida social como texto, el programa fuerte practicó una hermenéutica estructural que no cedió a la complacencia con la que tradicionalmente esta se ha enfocado sobre lo situacional y lo históricamente específico. Más bien, desde sus albores el programa fuerte intentó identificar el impacto *sistemático* que ciertas estructuras culturales han tenido a lo largo del tiempo y a través de contextos diferentes.

El concepto de cultura del programa fuerte en sociología cultural adquirirá una cristalización específica en la noción de *esfera civil* (Hess, 2009). A partir de una lectura crítica del concepto de comunidad societal de Parsons,² Alexander (2006) construye el de esfera civil como un espacio que se rige por la lógica del sentimiento de pertenencia y solidaridad. Un campo intermedio de subjetividad y moralidad distinto del mercado y del poder, pero que, a diferencia de Parsons, no resulta en una esfera abstracta de reglas y normas, sino en otra de narrativas y símbolos que se ponen en marcha en la interacción, las relaciones y en las insti-

² En Parsons, la comunidad societal refiere a una esfera de subjetividad en la que las personas adquieren un asimiento o reconocimiento poniendo en juego la subjetividad del mundo de la vida y, al mismo tiempo, las formas más racionalizadas de las esferas sistémicas (Alexander, 1998). Otros autores han hecho referencia a este concepto para desarrollar el de sociedad civil. Véase Cohen y Arato (1992). Es también un término relevante en el trabajo de Habermas (1989).

tuciones en momentos y tiempos concretos. Esto se construye a partir de relatos y formas de explicarnos el mundo que expresan cómo damos cuenta de la producción de lo social. Por esta razón, para Alexander, el grado de pertenencia y solidaridad está dado por los códigos culturales profundos que se expresan en las instituciones comunicativas —medios de comunicación, encuestas, discursos de la sociedad civil— y reguladoras —partidos políticos, elecciones, cargos públicos, sistema de justicia— de la esfera civil. En ellas se expresa la solidaridad en la cual los derechos colectivos y las obligaciones se encarnan de acuerdo a la propia normativa y lógica moral de la esfera civil. De este modo, la esfera civil es analíticamente independiente, empíricamente diferenciada y moralmente más universal que el Estado y el mercado.³

Esta definición permite a Alexander (2006) alejarse del tradicional concepto de sociedad civil, que desde su parecer tiene dos limitaciones. La primera, que se encuentra anclado en las formas de organización social fuera del Estado, en particular en los mercados capitalistas y sus instituciones: asociaciones y organizaciones públicas y privadas, y formas cooperativas de relaciones que crean vínculos de confianza. Y, la segunda, que la sociedad civil se entiende regularmente como la mera expresión de los intereses individuales particulares que definen el campo político de la lucha democrática; mientras que la idea de esfera civil apunta, por el contrario, a subrayar los lazos de solidaridad más allá de los acuerdos políticos y los contratos del mercado.⁴ La esfera civil es el espacio donde se pueden apreciar las “estructuras del sentimiento”, “los hábitos

³ En este sentido, mientras que los análisis de la sociedad civil se enmarcan en el examen de los gobiernos democráticos y de sus valores y normas, la esfera civil examina el amplio problema de la vida social democrática en términos de los derechos políticos, las libertades culturales y sociales, y de la inclusión y el reconocimiento, así como en los del problema de la justicia. Siguiendo a Dewey, Alexander (2006) señala que el concepto de esfera civil no tiene como objetivo principal examinar la democracia como forma de gobierno, sino como un modo de vivir juntos y la manera en cómo se comunica esa experiencia de vida.

⁴ Por ejemplo, el movimiento feminista en los Estados Unidos es interpretado por Alexander (2006) como un desafío al orden patriarcal que sucede cuando un grupo de mujeres identifica su sometimiento a los roles familiares como un tema que debe ser interpretado a la luz de la intrusión destructiva de la inequidad de género en la esfera civil —es decir, que afecta los lazos de solidaridad entre los miembros de una sociedad—. El movimiento de los derechos civiles en Estados Unidos puede leerse, desde la óptica de Alexander (2006), como una traducción exitosa de las formas de